

tado la voz para acusarse á sí mismo confesando los desastres de Napoleon.

A las once fueron á buscarle para conducirlo á la presencia de sus jueces. Habíase quitado su uniforme, y vestía simplemente una casaca azul sin bordados, señal de luto ó de modestia que era la que convenia á un acusado delante de su patria. Marchaban á su lado cuatro granaderos de la guardia real. Apenas se presentó en la Cámara recorrió la sala y las tribunas un murmullo de curiosidad y compasion. Su actitud era digna y guardaba triste conformidad con su situacion. Su rostro pálido, consecuencia de haber pasado cuatro meses en la oscuridad de los calabozos, manifestaba la serenidad de ánimo; pero al mismo tiempo su profunda tristeza. En su despejada frente rodaban los remordimientos y los tristes pronósticos. Sus ojos miraban de frente al destino. Su boca cerrada contenia las impresiones de su alma. Nada en él suplicaba ni desafiaba á sus jueces; se conocia que iba á sostener mas bien la disculpa que la justificacion de su conducta, y que se entregaba al juicio y á la compasion mas bien que á la justicia de sus antiguos colegas. Con una rápida ojeada recorrió los bancos donde se sentaban los jueces buscando entre aquellos rostros conocidos algunos vestigios de amistad, de dolor ó de esperanza. Todas las miradas se inclinaban al suelo para no encontrar la suya, saludó á la asamblea y tendiéndole familiarmente la mano al mas elocuente de sus defensores, Mr. Dupin, tomó asiento entre ellos.

Leyóse el acta de acusacion á nombre de los ministros, la cual reasumió la historia de las vacilaciones, debilidades y defeccion del mariscal, tal como la hemos referido en el curso de esta narracion. La acusacion no habia tenido necesidad de alterar los hechos para inventar el crimen militar. Ney la escuchó sin protestar con un gesto ni con una palabra. Luego que concluyó la lectura el canciller Ambraj dirigió algunas palabras tristes

pero consoladoras al acusado. «No es aqui, le dijo, donde debeis temer ningun género de prevencion, ni malevolencia ni parcialidad; antes bien tenemos que luchar con recuerdos antiguos y con el interés que inspira á su pais un guerrero que por espacio de mucho tiempo fué su gloria y que nos complacemos contar en el número de nuestros colegas: podeis hablar sin temor.....»

El acusado, cediendo por segunda vez á los consejos vulgares de sus abogados, les permitió disputar miserablemente las formas del procedimiento y pedir tiempo invocando la necesidad de una ley previa donde no se necesitaba reclamar otra cosa que la equidad y la conciencia. La Cámara de los pares desechó exigencias tan indignas de las circunstancias como del hombre. Gran menoscabo sufrió la dignidad del guerrero con aquella obstinacion de los legistas de que se resintió el mismo interés que inspiraba su papel. En tales ocasiones la admiracion por el acusado forma parte de la conmiseracion que inspira á la opinion y á los jueces.

X.

Cerrada la sesion despues de estos debates, fué aplazada su continuacion hasta el 23 de noviembre. Esta sesion renovó el espectáculo de la primera. Los abogados del acusado acumularon otras objeciones de fórmula contra el juicio inmediato. El mismo Mr. Dupin, orador consumado en las lides forenses, parecia no acordarse de que defendia mas bien el carácter que la vida de su cliente, pues se sometió servilmente á esos sofismas escolásticos que embarazan el espíritu sin comover el alma, y el procurador general, Bellart, tan acostumbrado por su profesion á ver una victima en todo acusado, respondió como abogado mas que como juez, queriendo el uno absol-

verlo todo, y el otro acriminarlo todo en el hombre á quien defienden ó persiguen. Lucha funesta en todo proceso de estado, en que el acusado debe pensar en la vida y el defensor en la memoria del acusado.

La Cámara de los pares, cansada de sutilezas y dilaciones, concedió solamente unos cuantos dias á los abogados para preparar su defensa. El proceso continuó el 4 de diciembre; pero al abrirse la sesion, el mariscal, tan mal aconsejado como en las anteriores, quiso esquivar la acusacion, escusándose con la capitulacion de París y el tratado de 20 de noviembre que habia sido su consecuencia. Este medio desesperado de defensa, que habria podido oponerse ante un tribunal de la coalicion, carecia de fuerza y aplicacion ante un tribunal nacional, pues aquella capitulacion, convenio puramente militar entre los generales de los aliados y los gefes del ejército de París, no obligaba evidentemente mas que á los aliados, ni protegía á los partidarios de Bonaparte sino contra las represalias de los ejércitos extranjeros, dejando á los gobiernos presentes ó futuros de la Francia todos los derechos, justos ó injustos, de clemencia ó de persecucion que pertenecen á los gobiernos de un pais independiente. La apelacion á semejante medio era tan inoportuna en habilidad como inconveniente en derecho, puesto que parecia apostárselas en materia de independencía con el gobierno nacional, y ponía al acusado como en un asilo antiguo, bajo la garantía, no de sus pares y de sus compatriotas, sino de los extranjeros. El asilo no era digno de uno de los primeros soldados de la Francia. Asi que el tribunal no se paró en semejantes objeciones, y procedió á interrogar al acusado.

Sus respuestas fueron mas nobles que su defensa, porque su alma era la que hablaba por su propia boca y no por los subterfugios de sus abogados. Con el acento del dolor y arrepentimiento, confesó que habia visto al rey, que habia dicho que era tan insensata la empresa

de Napoleon, que este hombre merecia, si era cogido, ser encerrado en una jaula de hierro; juró que no habia hablado de llevarle él mismo á ese instrumento de suplicio; que habia salido de París con intenciones leales de servir al rey; que al llegar á Besanzon, y viendo la agitacion de las tropas, le habian asegurado que la empresa de Napoleon estaba concertada con el Austria y la Inglaterra; que entonces temió ser el motor de una guerra civil; que habia apretado de buena fé la mano del rey al despedirse de este príncipe; que los sentimientos de respeto que manifestó en aquella ocasion estaban grabados en su corazon, y por último, que nada habia disimulado, que podia haber obrado por estravío, pero no con perfidia.

En todas sus respuestas se traspiraba el acento de la verdad y su arrepentimiento. Al llegar á la escena de defeccion de Lons-le-Saulnier, se aumentaba su emocion y franqueza: «Estaba turbado, dijo, necesitaba de buenos consejos y no los hallé; supliqué á los generales Lecourbe y Bourmont que me ayudasen con sus luces y su apoyo: pero nada recabé de ellos. Solo un coronel mostró noble resistencia á mis órdenes, y fué Mr. Dubalen; le debo este elogio; él solo me entregó su dimision.»

Al llegar aqui, guardó silencio no pudiendo dominar su emocion. Presentáronse los testigos. El duque de Duras y el príncipe de Poix, testigos de la entrevista del mariscal y del rey, declararon que el mariscal habia prometido llevar á Bonaparte á una jaula de hierro. El acusado disputó poco esta circunstancia que parecia pesar mas sobre su ánimo. «Creia haber dicho, replicó, que Bonaparte merecia ser encerrado en una jaula de hierro. Sin embargo, bien podria suceder que en medio de la turbacion en que me hallaba, á consecuencia de los sucesos y con la presencia del rey, se me hubiese escapado esa palabra. No tengo ningun motivo para desconfiar de las aserciones del duque de Duras.» En seguida, se dis-

culpó victoriosamente de la acusacion de haber recibido en Besanzon sumas destinadas á pagar su fidelidad al rey.

Otro testigo, Mr. de Faverney, evitando cuidadosamente agravar la situacion del acusado, se limitó á rendir un tributo de admiracion á la fidelidad del general Lecourbe; pero este elogio puso mas en relieve la condusta del mariscal. Lecourbe habia muerto despues de la jornada del 20 de marzo.

En fin, se presentó el general Bourmont, que era el mas intimo y tambien el mas acusador de los testigos, pues militando á las órdenes del mariscal en Lons-le-Saulnier, habia presenciado casi solo todas las angustias de espíritu y todos los arrebatos y movimientos de su jefe. Bourmont era, por decirlo así, la presentacion de la conciencia del mariscal delante de sus jueces. Pero la conciencia de aquel mismo acusador ¿estaba inmune de toda mancha, de toda parcialidad y ambicion? ¿No acusaba para disculparse á sí mismo? Tal era la pregunta que interiormente se hacian los espectadores de aquellos debates. En ellos iban á oír la respuesta.

Bourmont, jóven é intrépido combatiente de las guerras de la Vendée, se habia distinguido notablemente desde el principio por su valor y talento contra los ejércitos de la república. Hombre de guerra civil, habia pasado, despues de pacificada la Vendée, á las filas del ejército de Napoleon, quien le habia ascendido de grado en grado rápidamente, como para manifestar á los ejércitos realistas, que el mérito militar daba tanta cabida á los soldados valientes en los campos de la patria como en los bosques del Bocage. Al volver los Borbones, hallaron á Bourmont en los cuadros del ejército de Bonaparte. Sus opiniones realistas y sus servicios militares en el nuevo ejército eran, en su concepto, doble título para obtener el favor de aquellos príncipes, y por lo tanto, debia su ambicion esperar lo todo, ó del agradecimiento de ellos co-

mo vendeano, ó de su justicia como soldado de la Francia.

XI.

Tal era la situacion de Bourmont cuando el desembarque de Napoleon, la toma de Grenoble, la ocupacion de Lyon, la actitud del ejército de Ney, la perplegidad de este mariscal, y la inminencia de otra catástrofe de los Borbones y nueva usurpacion de Napoleon, concurrieron de consuno para hacer luchar en el corazon del general su antigua y su reciente fidelidad, su antigua y su nueva fortuna. Así es, que desde los acontecimientos de Lons-le-Saulnier que debia explicar delante de sus jueces la conducta de Bourmont habia revelado constantemente esa lucha de sus pensamientos en su alma, conducta que habia sido perpleja, contradictoria, segun las oscilaciones de los sucesos, resistiendo al vencedor en el primer momento, entregándose á él despues de la victoria, retractándose luego á última hora por medio de una desercion en medio del combate como para dar á su conversion á la causa realista mas precio y á su separacion del emperador mas premeditacion. El habia seguido á Ney en la hora y en el acto de la defeccion verificada en la plaza de armas de Lons-le-Saulnier, y en seguida abandonó el ejército para ir á llevar su espada al rey en Paris; pero como el emperador se le hubiese anticipado y ocupase las Tullerías, solicitó nuevamente volver al servicio de su causa por la mediacion de sus antiguos compañeros de armas que habian respondido temerariamente de él á Napoleon. Investido de un mando en el ejército del Norte, se habia pasado al enemigo para ir á buscar al rey á Gante. Semejante hombre deberia solicitar mas bien testigos para su propia causa que servir de testigo desinteresado en la causa de su antiguo gene-

ral. Ney al justificarse en sus interrogatorios y delante del consejo de guerra habia declinado una parte de su debilidad sobre Bourmont, quien al verse así inculpada delante de sus nuevos señores no pudo menos de irritarse, por que aquellas inculpaciones recaian sobre su honor pasado y su ambicion futura. Su situacion era delicada delante del mariscal, ambigua delante de los realistas, y falsisima delante de Napoleon. Si callaba se hacia sospechoso; si acusaba incurria en la nota de ingrato, y si no acusaba era perdido. El nudo de este drama estaba en el careo de aquellos dos hombres que habian faltado juntamente y que no podian disculparse ni uno ni otro sino acusándose mutuamente. Todas las miradas querian sondear su corazon en sus rostros, y ellos mismos evitaban mirarse.

XII.

«Ya he sido interrogado en Lila sobre esos acontecimientos, dijo Bourmont. Me habia abstenido de acriminar al acusado por la conmiseracion que siempre inspiran los grandes infortunios, pero hoy que él me ataca, que me acusa de haber aprobado su proclama y su conducta, de haberle insinuado que haria bien en abandonar el partido del rey por el de Bonaparte, hablaré, y si le culpo mas, que se queje de sí mismo.»

Entonces refirió Bourmont que el mariscal, afligido al principio en Besanzon con los progresos de Bonaparte, habia dicho mas adelante en Lons-le-Saulnier á Lecourbe y á él, sus dos lugartenientes, que todo estaba arreglado hacia ya tres meses para la sublevacion del ejército, que el rey no estaba en París, que no contaba ya con ninguna simpatía, que se deseaba solamente que se embarcára para Inglaterra, que entonces era necesario incorporarse al emperador que no podría menos de tratar-

los bien; que á estas palabras habia contestado Lecourbe: «Yo no he recibido de Bonaparte mas que injusticias y de los Borbones mas que beneficios; por otra parte tengo honor y no quiero faltar á mis juramentos.—Y yo tambien tengo honor, habia respondido Ney á Lecourbe, segun la deposicion de Bourmont, y por eso mismo deseo incorporarme al emperador. No quiero ya ver mas á mi muger volver llorando por las noches abrumada con las humillaciones que ha sufrido durante el dia.» Esas humillaciones de muger hacian alusion á cierta superioridad familiar, pero no ofensiva, de la duquesa de Angulema. Parece que al hablar esta princesa de la mariscal Ney delante de su corte íntima, habia recordado que aquella muger hermosa, imponente é ilustre entonces por su rango, descendia de una familia que habia estado agregada al servicio interior de Maria Antonieta.

XIII.

Bourmont continuó diciendo: «El general Lecourbe queria retirarse á su tierra del Jura; el mariscal insistió en detenerlo y nos leyó la proclama que iba á dirigir á los soldados. Lecourbe y yo la censuramos, pero creimos que para el caso de resistencia se habian tomado contra nosotros las medidas necesarias, y que la influencia del mariscal en el ánimo de las tropas era irresistible, y nos fuimos á la plaza de armas para juzgar del efecto que iba á producir aquella lectura. Estábamos tristes y abatidos; los oficiales nos apretaban la mano y nos decian: si hubiéramos sabido eso, no habriamos venido.»

Al oír el mariscal estas palabras no pudo contener por mas tiempo su indignacion. «Parece, dijo, que monsieur Bourmont tiene formado su plan de mucho tiempo atrás y ha sabido aprovechar los ocho meses que ha pa-

sado en Lila para preparar sus acusaciones. Sin duda se habia lisonjeado con la idea de que no volveriamos á vernos jamás, y creyó que seria aqui tratado como lo fué Labedoyere. Lástima es que el general Lecourbe no exista ya; pero yo le invoco en otro lugar, yo le interpele contra estos testimonios en un tribunal mas alto. Aqui Mr. Bourmont me abruma, allí seremos juzgados uno y otro.

»Lo que hubo de cierto fué que llamé á esos dos oficiales á mi casa y les rogué en nombre del honor que me dijera su pensamiento. Mr. Bourmont me dijo: «Opino por la proclama.» Y Lecourbe me contestó: «Os han enviado eso.» Yo no respondí, pero insistí en querer ilustrarme con sus luces; á pesar de esto, no obtuve respuesta alguna. ¿Hubo por ventura alguno que me dijera: ¿á donde marchais? ¿Vais á arriesgar el honor y vuestra reputacion por una causa funesta?... Yo no he hallado mas que hombres que me han empujado al precipicio.

»Les invité á que se quedaran en mi casa, y se retiraron; el general Bourmont fué el que mandó reunir las tropas: tuvo dos horas para reflexionar; si juzgaba mi conducta criminal ¿no podía hacerme prender? Yo estaba solo, y no tenia ni un hombre conmigo, ni un caballo ensillado para escapar. Se alejó y se refugió en casa del marqués de Vaulchier, donde de acuerdo con él, resolvió esperar los acontecimientos, dispuesto á abrirse en caso necesario una puerta de escape. En fin, todos los oficiales reunidos vinieron en busca mia y me condujeron á la plaza de armas hasta la mitad del cuadro.»

XIV.

Despues de estas palabras que el acento, la solemnidad de la hora y la proximidad de la muerte debían ha-

cer creer sinceras, y que el moribundo no desmintió delante de Dios al marchar al suplicio, se hizo mas directo, enérgico y violento el diálogo entre el acusado, el acusador, el presidente y el auditorio. Las verdades y las negativas se convirtieron en interpelaciones y en reconvencciones amargas.

«¿Quién habia dado la orden de reunir las tropas? preguntó el presidente.—Yo, confesó Bourmont, pero en virtud de orden del mariscal.—Si, replicó el acusado, pero las reunió despues de haber oido mi proclama.—¿Cómo es, dijo el presidente, intérprete del movimiento interior de los jueces y dirigiéndose al testigo, que despues de haber desaprobado la conducta de vuestro gefe, le seguisteis, sin embargo, al sitio donde estaban reunidas las tropas?—Quería ver, respondió el testigo, si se manifestaba alguna oposicion en las filas de los soldados. En cuanto á neutralizar el ascendiente del mariscal sobre ellos, no habia mas que un medio, y era matarle á él mismo.—Habeis dicho, exclamó el acusado, que en Lons-le-Saulnier llevaba yo la condecoracion con la efigie de Napoleon: eso es falso; ¿luego me suponeis un miserable? ¿Habia yo de llevar desde Paris el pensamiento de faltar al rey? Siento que un hombre de talento emplee medios tan falsos y tan pequeños. Es verdaderamente infame hacer semejantes suposiciones. Mr. de Bourmont ha contribuido á arrastrarme á la defeccion.»

Bourmont se mostró algo embarazado al tener que explicar algunas órdenes particulares dadas al ejército por el mariscal ó por él. «Permitid que haga una pregunta, dijo con insistencia acusadora uno de los defensores, Mr. de Bourmont asegura que solo fué á la plaza de armas movido por un sentimiento de pura curiosidad, que diga si fué tambien la curiosidad la que le llevó al banquete que dió el mariscal al estado mayor, despues de haber leído su proclama.—Era preciso, respondió Bourmont, alejar toda sospecha, é impedir que me prendie-

ran. El mariscal estaba receloso de mí, y así es que á cada momento enviaba algunos oficiales para informarse del partido que yo iba á tomar.—Yo no mandé prender á nadie, interrumpió el mariscal; dejé á todo el mundo en libertad; no me hicisteis la menor objeccion; nadie me la hizo; solo un coronel me entregó su renuncia; ejerciais un gran mando, y por lo tanto no habriais hallado mucha dificultad en prenderme; habriais hecho bien, añadió con el acento de la desesperacion ó del remordimiento que agitaba su alma. Si, con la muerte me hubierais hecho un gran servicio, y quizás era ese vuestro deber....»

Semejante reconvenccion, dirigida por un gefe infiel á un subordinado, por haberle perdonado antes de la falta, hizo estremecer á los espectadores. En aquella exclamacion estaba toda la revelacion del honor atormentado en el alma del mariscal, y no hubo uno que no comprendiera todo lo que al hacerla habia sufrido. «¿Sois vos, continuó apostrofando á su acusador, quien hubiera podido resistir al movimiento de las tropas? No os supongo con bastante firmeza ni talento para eso. No se detiene al Océano con la mano,» habia ya dicho en sus interrogatorios.

Mr. Dupin, otro de los abogados del mariscal, embrazó de nuevo á Mr. de Bourmont con las interrogaciones que cada respuesta del testigo hacia acusadoras para él mismo. «¿Qué efecto produjeron en el ejército la carta y la proclama del mariscal?» Preguntó Mr. Berryer, padre del célebre orador de este nombre.—Los soldados gritaron: ¡Viva el Emperador! respondió Bourmont; los soldados estaban estupefactos.—Que se pregunte al testigo, replicó Mr. Berryer con doble intencion que todos comprendieron, si él gritó entonces ¡Viva el rey!»

El auditorio admiró la habilidad de aquella pregunta, que justificaba al mariscal y envolvía una acusacion directa contra el testigo. Algunos murmuraron de la au-

dacia del abogado, otros se regocijaron del embarazo en que se habia puesto á Bourmont, hubo un movimiento y despues el mas profundo silencio. Bourmont se retiró de los debates dejando en las almas la penosa impresion de que pudiendo, como podia atenuar, inmolándose, agrava-
vaba justificándose á sí mismo.

Acto continuo se presentó á declarar el prefecto del Jura, Mr. de Vauchier, hombre celoso, pero de conciencia, incapaz de engrandecerse á sí mismo con la condenacion de un enemigo. En relaciones continuas con el mariscal sobre las medidas que debian adoptarse en su provincia, pintó primero la fidelidad activa de Ney, despues sus dudas sobre el éxito del combate que le habia encomendado la córte, luego la degradacion sucesiva, involuntaria y rápida de esa misma fidelidad á medida que los acontecimientos cambiaban de aspecto y las tropas se entregaban á la corriente de popularidad que crecia con la aproximacion de Napoleon. Otro testigo, Mr. Cappelle, hizo la misma pintura de la situacion de ánimo del acusado. Conducido á la presencia del mariscal despues de su defeccion en la plaza de armas, le invitó á que se pasara á la causa de Napoleon. «Nada podrá decidirme á ello, respondió Mr. Cappelle, he jurado fidelidad al rey.—Y yo tambien, replicó Ney, habria querido permanecer fiel á los Borbones; pero desgraciadamente los acontecimientos no lo han permitido. Por lo demas ningun daño se hará á esos principes, quienes se retirarán á disfrutar del patrimonio que se les dé. Desgraciado el que se atreva á faltar al respeto que merecen.»

El conde de Grivel, inspector de los guardias nacionales del Jura, único que habia contestado á la proclama con el grito de ¡Viva el rey! en la plaza de armas y roto su espada delante de las tropas de línea, habia sido protegido por el mariscal contra la sedicion de aquellos. hombre de corazon y valor, refirió sin agravar.

«¿Por qué, preguntó el presidente al mariscal, no to-

masteis alguna medida para evitar el enganche de vuestros soldados? ¿Cómo es que vuestras resoluciones tan leales la vispera fueron tan culpables al día siguiente? —Luego que ha pasado la tempestad, respondió tristemente el acusado, es fácil razonar sobre la tempestad. Lo repito, he sido engañado, arrastrado como por encanto. Llegaron á persuadirme que todo estaba arreglado con los aliados, la idea de una guerra civil en mi país me estremecía y no pude resistir á ella.»

El duque de Maille confirmó noblemente esta confesion del acusado prestando una declaracion en la que eximia al mariscal de toda premeditacion de traicion. Esta deposicion del hombre valiente, cuya adhesion á los Borbones era hereditaria, consoló al acusado y despertó la esperanza en el corazon de sus amigos. El general Felipe de Segur, que dió despues un inmortal testimonio á la gloria de Ney en su *Historia de la guerra de Rusia*, habló con la misma delicadeza de corazon y certificó sobre la misma lealtad de intencion del mariscal cuando marchó á tomar posesion de su mando.

Concluidos estos debates entre los testigos y el acusado, que algunos pares querian odiosamente envenenar con sus observaciones, fué escuchado el mariscal Davoust sobre la interpretacion del convenio de Paris, que segun los defensores de Ney, protegía su vida y libertad contra toda pesquisa de sus actos. Davoust opinaba que aquel convenio comprendía una amnistia completa para todos los actos del interregno, y añadia que si para él no hubiese tenido el convenio esta significacion, habria peleado con probabilidades de vencer. «Si, exclamó el acusado que habia fundado tan temerosamente su esperanza en aquella capitulacion, en la fé de ese convenio descansaba yo; ¿y á no ser así podria creerse que hubiera vacilado en perecer con el sable en la mano antes que comparecer aquí en el banco de los acusados...?»

Agotada esta última controversia tomó la palabra monsieur Bellart como acusador público para resumir y agravar el crimen. Sus primeras palabras degradaban al acusado de su gloria antes de degradarle de su inocencia y de su vida, y trascendía en ellas esa declamacion antigua que piensa en el eco y olvida el efecto de la acusacion en el corazon del acusado. Papel implacable de esos magistrados que piden en nombre de la política una cabeza, pero que deberian á lo menos no pedir mas que la vida. Mr. Bellart pertenecía á ese especie de hombres que la naturaleza no ha hecho crueles; pero que son implacables por su profesion. Al paso que su corazon se enternecía, se hacia duro y severo su acento para lo que él llamaba su deber. Dicese que consultado pocos meses antes por la familia del acusado habia dado con compasion sincera los consejos mas á propósito para salvarle; pero su papel era lastimarle y herirle con su palabra, y así lo hacia.

«Señores pares, dijo; cuando en el fondo de los desiertos, antes cubiertos de ciudades populosas, el viagero filósofo, á quien conduce allí esa insaciable curiosidad que es atributo característico de nuestra especie, distingue los tristes restos de aquellos monumentos célebres, contruidos en las edades remotas con la loca esperanza de desafiar la segur del tiempo, y que hoy no son mas que ruinas informes y polvo, no puede menos de experimentar profunda melancolía al pensar en lo que vienen á parar el orgullo humano y sus obras. ¿Cuánto mas cruel no será para el que ama á los hombres el espectáculo de las ruinas de la gloria, caída por su propia falta, y que tomó á su cargo marchitar ella misma los honores de que al principio estuvo colmada?»

»Cuando esta desgracia acontece, sentimos dentro de nosotros mismos cierta cosa que lucha contra la conciencia, por la rutina de respeto, largo tiempo adherida á esa fama ya decaída y muerta. Nuestro instinto se irrita con ese capricho de la fortuna, y quisiéramos por una contradicción irreflexiva, continuar honrando lo que tanto brillaba antes, al mismo tiempo que detestar y despreciar al que causó tan espantosas desgracias al Estado.

»Tal es, señores pares, la doble y contraria impresión que en este deplorable proceso experimentan los comisarios del rey. ¡Ojalá que hubiera dos hombres en el ilustre acusado á quien un deber riguroso nos manda perseguir; pero no hay mas que uno, el que durante un tiempo se cubrió de gloria militar es el mismo que se ha hecho el mas culpable de los ciudadanos.

»¿Qué importa á la patria su funesta gloria? La ha eclipsado él mismo con su funesta traición, seguida para nuestro desgraciado pais de una catástrofe, sobre la cual apenas nos atrevemos á fijar nuestra atención. ¿Qué importa que haya servido al Estado, si él es el que contribuye poderosamente á perderlo? Nada hay que pueda borrar semejante afrenta. No hay sentimiento que no deba ceder al horror que inspira tamaña traición.

»Bruto se olvidó de que era padre, para no ver mas que á la patria. Lo que un padre hizo á costa de la sublevación de la misma naturaleza, debe hacerlo con mas razón el ministerio que es protector de la seguridad pública, á pesar de los murmullos de una antigua admiración que se ha engañado de objeto; el ministerio cumplirá su deber con rectitud, pero con sencillez, ahorrando al acusado declamaciones aflictivas; porque en efecto, ¿qué necesidad hay de ellas al lado de una convicción nacida de la misma evidencia? Prescindiré, pues, de esas declamaciones, y de este modo le tributaré mi último homenaje. Sin duda conserva bastante orgullo y fiereza de alma todavía para conocer su precio, para juzgarse á

sí mismo y para distinguir en los que están encargados de la dolorosa misión de perseguirle esa mezcla verdaderamente penosa del sentimiento que es propio del hombre, y de las imperiosas obligaciones anejas á su cargo.»

Después de estas atenciones y miramientos, puramente oratorios y mas propios para quitar á los jueces los escrúpulos de la admiración y de la piedad que para honrar á la víctima, Bellart llevó su acusación hasta el punto de sostener que un crimen de debilidad lo era de premeditación. Todo protestaba en el carácter y en las faltas mismas del mariscal contra semejante clase de traición premeditada; pero en los hábitos de los legistas, toda acusación parece insuficiente sino la elevan hasta la calumnia. Así es como el mismo juicio pierde parte de su sanidad y de su respeto entre los hombres.

Concluido el discurso de Mr. Berryer, un incidente trágico, cuya verdadera causa y carácter no se habia conocido hasta ahora, conmovió al auditorio y á los jueces, que se habrian conmovido mil veces mas si hubieran sabido entonces lo que vamos á referir.

XVI.

Desde el principio del proceso, los defensores del acusado, tan cuidadosos de su honor futuro como de su justificación presente, habian discutido entre sí sobre el carácter que convendría dar á la defensa. ¿Era preciso pensar mas en la justificación del acusado, que en la celebridad de la causa y en el eco que haria en la posteridad? ¿Debian sacrificar algo al deseo de la vida, ó sacrificarlo todo á la dignidad del soldado y á la magestad del nombre? ¿Tocaba á ellos resolver una cuestión tan personal para quien iban á defender? Desde luego convinieron en la necesidad de hablarle con lealtad y franqueza, así